

Roberto Meisel Lanner.
Docente de la Universidad
Simón Bolívar.

Tres impresiones sobre Descartes (2) (Touraine, 1596 - Estocolmo, 1650)

Recibido: 16/8/05

Aceptado: 26/10/05

¿Puede existir una ciencia universal soportada bajo los pivotes de la razón y no de la mera suposición? Hasta donde llega mi imaginación, solo en el fértil cerebro de este científico versátil obsesionado por las maravillas del mundo exterior y de su mundo interior, pudo caber tal posibilidad porque entendió que concebida la duda como el fecundo paraje de arranque podría llegar a rastrear bajo una sola cuerda a la realidad entera. Amigo inicial de Aristóteles, muy pronto al adquirir uso de razón intelectual lo descartó porque los dogmas que había indicado habían perjudicado notablemente el avance del progreso humano y entonces centró su afán en destruirlos, igual que Galileo Galilei (1564-1642). Y es allí donde yo noto la afinidad de ambos científicos puesto que matematizaron la naturaleza superponiéndole al mundo físico un mundo infinito de fórmulas y signos que proveyeron la futura comprensión de los fenómenos. Desde luego que entre los dos fluyeron diferencias incontrastables, uno era amigo de la hipótesis y el otro de la experimentación, el uno le dio

prioridad a la razón, el otro a la práctica, el uno al conocimiento y el otro a la voluntad; en fin, dos hombres brillantes a los que unió un propósito común el destrabar la puerta que impedía el acceso pleno a la ciencia pura y simple. Cuéntase que por 1633 tenía Descartes acabada su obra cumbre *El Mundo* en la que ponía de manifiesto de manera precisa y concisa la ciencia unificada, pero se percató del encontrón que había tenido Galileo con la Inquisición por sostener el sistema de Cópernico y se quedó atónito, sin saber qué hacer y optó por mutilar el texto ya que no se sentía capaz de escribir algo que fuera contra la Iglesia. Eso explicó muchas cosas posteriormente: que hubiera decidido compilar un simple discurso, no un tratado y que intentara reducir al máximo aquellos componentes dialécticos que pudieran comprometer su imagen como católico. ¿Es esto censurable? ¿Acaso no corría el riesgo de ser mal interpretado por la posteridad? Cada persona es libre de responder ambas inquietudes a su arbitrio porque nadie puede reconocer mejor una interrogación o

varias interrogaciones que cuando la infiere o las deduce de sí mismo y no de otro.

Era hijo de Joachim Descartes y de Jean Brochard y al morir su madre (1597) fue criado por una nodriza. Heredó de ella una “tos seca y una tez pálida” y por ello, los galenos le auguraban que viviría poco; esa fragilidad lo mantuvo mucho tiempo en casa, lo que aprovechaba para leer con fruición y para requerir constantemente a su padre, a sazón consejero en el parlamento de Burdeos, acerca de temas profundos que llamaron su atención y entonces tomó la sabia decisión de ponerlo en las mejores manos, para que se educara y a los diez años de edad lo metió en el colegio de La Fleche a cargo de los jesuitas a quienes Enrique IV (1553-1610) le confiaba el cuidado de la nobleza juvenil de Francia. Inicialmente descrestó a sus profesores acerca de los conocimientos que tenía de ciertos temas metafísicos, pero cuando pasó del estudio de las letras a la lógica y la física se sorprendió por la oscuridad que encontraba en tales temas y ese tropiezo intelectual cuando tenía dieciséis años le marcó el trasegar porque optó por reaccionar de manera positiva para hallar una fórmula que le permitiera asomarse con claridad en tales tópicos y no atenerse a las opiniones ambiguas de filósofos, verdaderos maestros de retórica únicamente y que poco aportaban a la realidad. Esa postura defensiva lo condujo al estudio de las matemáticas (disciplina unívoca, según

él, que estudiaba las propiedades de los entes abstractos, números, figuras, etc., mediante el razonamiento deductivo, así como las relaciones que surgían entre ellos) y sin congoja dejó el colegio y las letras y se entregó a la equitación y a la esgrima, por lo que su padre decidió que fuera militar, aunque antes de ese paso, lo envió a que conociera París y allá se dedicó a los placeres por poco tiempo. En la urbe conoció más a fondo a Martín Mersenne (1588-1648), científico francés que realizó investigaciones en el campo de la acústica (descubrió las leyes de los tubos sonoros y tradujo la *Mecánica* de Galileo) y se relacionó con muchos pensadores de la talla de Torricelli, Pascal, Beeckman (que tanto ayudó a Descartes). Organizaba reuniones periódicas en la academia de ciencias que había fundado J. B. Colbert (1619-1683), el dirigente de confianza de Mazarino, un amigo casual de la escuela que llegó a ocupar un lugar importante en su vida ora como corresponsal, ora como consejero, ora como mentor y que había ingresado a la orden de los Mínimos. Es menester convenir aquí que este tipo de áulicos son indispensables en la vida de los genios, porque le colaboran en momentos difíciles, le ayudan a sortear obstáculos y son consejeros sinceros sin caer en la obsecuencia y en el servilismo. A los veintiún años se enroló en el ejército del príncipe Maurice de Nassau (1567-1625) estatúder de Holanda y Zelanda (1584-1625) y si bien no se distinguió por acción

alguna, es probable que hubiera intercambiado opiniones de matemáticas con algunos oficiales en Breda, ciudad de los Países Bajos e inmortalizada por el incomparable Velázquez en su popular cuadro “Las Lanzas” (1634-35). De allí se marchó para Alemania en donde pasó un período de espera y reposo mientras prosperaban los preparativos de la coronación del emperador Fernando II de Habsburgo (1578-1637), paladín de la contrarreforma y aquel que dirigió contra los ejércitos protestantes la conflagración denominada por la crónica de los Treinta Años (1618-1648).

¿Qué acaeció después? Se hallaba a la sazón en Ulm, este joven cadete, quizá de franquicia, cavilando acerca de lo humano y de lo divino, cuando se acostó el 10 de noviembre de 1619 a la usanza de la mayoría de los seres humanos, con afán de caer pronto en brazos de Morfeo y descansar, sin saber que esa noche y las dos sucesivas iba a ser testigo de un recuerdo que lo iba primero a iluminar y luego a poner en vilo y que más tarde lo iba a orientar en la marcha de un proceso revolucionario en la ciencia como hacía rato no se distinguía. No es de este lugar describir las afugias que afrontó y los pasos que le trasladaron a requerir al cielo la confirmación de la idea de un método para guiar bien a su razón, igual que Gedeón (Jueces 6, 17-18) salvo indicar que a partir de esas vivencias oníricas adquirió una confianza y una convicción ilimitada en el potencial que iba a

desenvolver porque se creía válido de Dios, o su protegido en la tarea que iba a realizar y la explosión de orgullo se notó en la construcción de su monumental edificio dialéctico. No soy filósofo elucido, simplemente un especulativo interesado en los asuntos humanos que ha querido dar su testimonio acerca de lo que ha leído de este mortal en cuya obra, escasa por cierto si se le compara, por ejemplo, con la del prolífico pensador teutón M. Heidegger (1889-1976) con sus 102 tomos proyectados que comprenden artículos, conferencias, correspondencia, documentos, etcétera, se expresaba el ser del autor y su voluntad de dictamen cuando elegía, escogía, acordaba y trazaba su esquema o sea su intención en los productos que iba a sacar a la luz. Es ahí donde brotó el Descartes de la posteridad. Prosigo, porque luego de comprender que detrás de su mente se hallaba un ser superior, prosiguió su vida errabunda por los principados germanos y Francia, especialmente París, hasta que se afincó en Holanda por 1628 con el propósito de buscar reposo y tranquilidad de espíritu, dones a los que no podían aspirar aquellos que tenían urgencia de fama y fortuna; esto último no lo necesitaba pues había recibido un importante legado paterno lo que le permitía vegetar sin ese tipo de contratiempos. Aunque había estado leyendo, meditando y escribiendo no publicó sino hasta llegar el año de 1637 un pequeño texto que hizo de su persona, el primer filósofo

innovador y titulado *El discurso del Método* en donde se mostró como un rastreador más que en descubridor y en la que se propuso a todo trance liberar al lector del pesado farrago de la erudición antigua y enseñarle cuál era su regla de búsqueda o su manera de buscar para mejor proveer. Uno de sus más caros ideales era exhibir un esbozo de sus cuitas que tendían a optimizar a la especie humana pero sin incomodar al establecimiento. Fruto de eso proveyó el apéndice de “Ensayos de ese Método” e incluyó una sección sobre la visión, otra sección dedicada a los meteoros sobre los vientos y otra a la geometría (disciplina que estudia el espacio y sus figuras, y la geometría analítica que estudia las figuras por medio del álgebra gracias al empleo de coordenadas) acerca de problemas no resueltos y fue precisamente su fe en las matemáticas lo que le condujo a inventar un vocabulario lógico del álgebra (rama de las matemáticas que estudia el cálculo aritmético a expresiones compuestas por números y letras que representan cantidades variables) como la forma de las ecuaciones, el uso de la a y b y de x, e, y, de numerales en vez de palabras a fin de enlazar potencias igualmente como el signo de la raíz cuadrada, o sea, simplificó todo e hizo viable la representación de un punto mediante un par de números y la grafía de líneas y curvas mediante ecuaciones y no resultará extravagante, afirmó D. Boorstin, que abrigara la esperanza de aplicar

esas tendencias matemáticas a la solución de la mayoría de los problemas de la existencia (Cf. *Los pensadores*. Crítica. Barcelona, 2005, p. 172). No llevó una vida retirada ni tampoco fue profesor; eso sí, expresó alguna vez que su encuentro con Isaac Beeckman y con M. Mersenne le abrieron la posibilidad de haber sido lo que era y aunque nunca se casó, tuvo una hija con una sirvienta, llamada Francine, la que murió cuando tenía cinco años. Hacia 1640 se hizo amigo de Isabel de Bohemia y comenzó una afable correspondencia que se acrecentó por los sucesos que terminaron con la muerte del tío de la princesa, el rey sajón Carlos I en 1649 e igualmente entró en contacto con la reina Cristina de Suecia (1626-1689) quien suspiraba incorporarlo a su séquito real. Él se mostraba reticente pero un alud de acontecimientos le hicieron mudar de decisión, primero, por la forma como había sido tratado en París por Ana de Austria y Julio Mazarino (1602-1661) prelado y estadista francés de origen italiano que había logrado poner fin a la guerra de los Treinta Años, que a pesar de haberle prometido una sustanciosa pensión, solo le distinguieron como una fiera enjaulada y nada más; segundo, su amigo Mersenne agonizaba, y tercero, estaba inmerso en una sucesión de polémicas agrias con teólogos y filósofos rivales que le acusaban de pelagianismo (doctrina que negaba el pecado original y contemplaba la salvación sin la injerencia de la gracia divina) y ante ese cuadro

casi dantesco (temía incluso por su seguridad personal), su talante se alteró y optó por aceptar la oferta regia, lió bártulos y se marchó para Estocolmo. Allí no le fue bien, a pesar del encanto de la soberana sabia, todo estuvo mal acompasado, las clases o tertulias se llevaban a cabo en horas inapropiadas y eso lo llevó a contraer una pulmonía que en poco tiempo lo acarreó a la tumba, un gélido día de febrero de 1650.

Durante la Revolución Francesa los que se reputan sus restos fueron llevados al panteón nacional. Aun habiendo citado con algún detalle acerca de este itinerario vital, temo no haber dado una imagen suficiente de este hombre de carne y hueso a causa de las abreviaciones a las que me he visto compelido a requerir, mas por lo que concierne a los detalles que a continuación expondré erijo que seré otra vez escueto y eso también lo lamento de antemano.

¿Quién fue Renato Descartes? Un Abogado de la Universidad de Poitiers para cumplir el compromiso con la familia de que fuera togado, porque muy pronto abandonó ese estudio formal para aspirar inicialmente a conocerse a sí mismo y al punto a la naturaleza. Un pensador cuyo trasegar fue la muestra palpable de las mortificaciones de un talante inquisidor que no toleraba lo preestablecido, sino todo lo contrario, lo que arribaba en virtud de las convicciones que podía ofrecer un método conveniente. Hoy, cuando se está poniendo en

aprietos el “pienso luego existo” que forjó a fin de otorgarle un carácter único a la humanidad y distinguirla de los demás especímenes vivos ya que los sentimientos y todo el proceso racional sería exclusivamente una mera interacción físico-química lo que ocasionaría una nueva revolución copernicana pues ¿endónde quedaría la voluntad, el pensar, o el dolo? No es de recibo darle la espalda y recoger sus afirmaciones en tal sentido; todo lo contrario, minimizar las secuelas de tal descubrimiento si es que en verdad se llega a algo tangible, reducirla a sus exactas proporciones y recapitular que en todo caso el hombre tendrá perpetuamente un componente racional mínimo si se quiere pero suficiente para seguir prevaleciendo en el orbe terrenal por encima de las restantes especies y eso se le debe precisamente a este insigne humanista cuya característica básica era su tremebunda inflexibilidad. No es este el lugar apropiado para mantener la polémica en tal sentido y lo mejor será considerar en el peor de los casos que si su proposición fue revaluada y las capacidades atribuidas a la mente –que uno sabe que están en el cerebro– son producto de procesos típicamente meníngeos en interacción con el mundo sociocultural, dejar que las aguas retomen la tranquilidad y otear el nuevo panorama con nuevos instrumentos, conscientes de que a la postre todo seguirá igual (Eclesiastés 1, 9 –Id 3, 12 –Id 7, 1 –Id 8, 1 –Id 10, 2 –Id 12, 13. Isaías 64, 1-4). También

fue un intelectual que no vaciló incluso en introducirse en terrenos farragosos como el misticismo del beato R. Llull (1235-1315) el sutil autor de un *Ars Magna* que rebuscaba el perfeccionamiento de un sistema metafísico y lógico o como el movimiento Rosacruz (AMORC) instaurado presuntamente por Ch. Rosencreutz (siglo XV) cuyo interés anidaba en despertar en el hombre todas sus facultades en relación con las normas cósmicas y naturales, y al percibir que no lo llevaban a ninguna parte se alejó con premura; por eso su obra no fue la impronta del autor ni el producto de un hábito, se fundó en la experiencia del autor a la usanza de un testimonio de vida. Además un singular amante de las matemáticas que le inquietaban los pasos que llevaron a cabo los geómetras griegos para arribar a sus ingeniosas pruebas sin un esquema previo y se propuso por ende –y lo alcanzó– mediante el manejo apropiado de líneas y figuras en una gráfica, dibujar el contexto marcando en una estría horizontal (eje X) y otra estría vertical (eje Y) para revelar con ese cuadro las inmensas posibilidades del plano cartesiano (medir la actividad puntual con precisión a través de coordenadas verbigracia). No hay área suficiente para ampliar este repertorio de inventos pero sí registrar que hizo factible la representación de un punto mediante un par de números, la representación de curvas y líneas por medio de ecuaciones (lit. igualar) y desarrollar consecuente con todo esto un

vocabulario riguroso que ha despejado muchas dudas y desentrañado disímiles asuntos en el tiempo y en el espacio. Fue en suma un hombre sistémico que creyó en las inmensas posibilidades de la ciencia racional si se aplicaban de manera plausible las matemáticas y se huía del rodeo sofisticado de los retóricos de *saleta*. De eso dieron fe sus obras clásicas *Meditaciones filosóficas* (1641), *Breve Ensayo del método* (1637) y sus *Principios filosóficos* (1644), amén del libro que lo hizo famoso y que le granjeó la admiración general y el afecto de la posteridad que es tan difícil. ¿Creía en Dios? Persistentemente lo tuvo en la mente y en su corazón, incluso llegó a sostener, con justificada razón, que la especie humana era “la intermediaria entre Dios y la Nada”.

¿Cuál fue su talón de Aquiles? En todo tiempo, decía Quevedo y Villegas (*Quevedo esencial*. Taurus Editorial. Madrid, 1990, p. 355) ha habido hombres que han tenido en más precio infamar a los famosos que hacerse famosos, no voy a caer en esa postrera impiedad y por eso no indicaré, ya que no fue así, de que Descartes era proverbio de los vicios y de los placeres reprobables, aunque aclaro que no era un maestro del deleite como el singular Epicuro de Samos, alma grande y generosamente docta que sabía acertar aun cuando se contradecía a ratos, sí era en cambio, un solitario como él, pero que no sabía estar solo entre la gente. Desde otro ángulo, conviene dejar sentado que

pecaba de un prurito de sapiencia que sacaba de quicio, todo lo que sustentaba, según él, lo infería adecuadamente de su mente sin asidero en los textos antiguos ni en los libros de los contemporáneos –por eso tuvo encontrones con P. Gassendi (1592-1655), filósofo y matemático francés y con el precursor del cálculo diferencial y el cómputo de las probabilidades, el señor P. Fermat (1601-1665) entre otros, y que muy poco leía, sin embargo las evidencias posteriores apuntalan todo lo contrario, que se fortaleció sesgadamente y convenientemente de Aristóteles, de Ausonio, de Averroes y sustancialmente de San Agustín (354-430) doctor de la Iglesia católica y de la gracia, teólogo, filósofo, moralista, de cuyas frases según sus detractores– y en el momento yo sin ser su murmurador aclaro, derivó “pienso luego existo” y la “duda metódica” (“Tanto más cuanto que si duda vive”, Agustín, *Confesiones* Libro XI o “Si me engaño soy, si temo existo” San Agustín, *Confesiones*, Libro XI) y por lo tanto le mintió a todos en ese sentido porque bien pudo dejar constancia de dónde había razonado acerca de esos tópicos. ¿Qué hacer en torno a esa situación enojosa? Simplemente admitir con el Eclesiastés en la mano (1. 8, 9, 10, 11. Id 7, 20, 21, 22, 23, 24) de que no hay nada nuevo en este mundo y que todo no solo es vanidad sino lo que aparentemente se considera una novedad no es sino un simple retoque con cierta particularidad de viejas

consideraciones dialécticas (Eclesiastés 7, 29). ¡El ego humano!

En la tumba de Renato Descartes yo hubiera puesto el siguiente epitafio extraído de una frase suya: “¿Qué pues podrá estimarse verdadero? Acaso solo esto: que no hay nada cierto en este mundo”.

Bibliografía general

La Santa Biblia. Versión Reina Valera. Sociedades Bíblicas Unidas. Bogotá, 1989.

Descartes. *El discurso del método*. Norma. Bogotá, 1997.

Boorstin, D. *Los pensadores*. Crítica. Barcelona, 2005.

Sorell, Tom. *Descartes*. Editorial Harla. México, 2000.

Meisel, Roberto. *La mesa redonda*. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1997.

San Agustín *Confesiones*. Porrúa. México, 1998.

Valery, Paúl. *Estudios Filosóficos*. Visor. Madrid, 1993.

Abbagnano, N. *Diccionario de filosofía*. FCE, México, 2000.

Martínez, Leonor y Hugo. *Diccionario de Filosofía*. Panamericana. Bogotá, 1996.

Diario *El Tiempo*. 1 de julio de 2007.